

¿ES NECESARIO INVESTIGAR PARA CONSERVAR?: EL CASO DE LOS COMEDEROS PARA EL QUEBRANTAHUESOS EN EL PIRINEO

José A. Donázar

Estación Biológica de Doñana (CSIC)

Pocas especies como el quebrantahuesos han suscitado la atención de naturalistas y gestores. Ya desde los años 70 del siglo XX el *Gypaetus* se convirtió en bandera de la conservación de las entonces perseguidas y denostadas aves de presa. Desde aquellas fechas, la población pirenaica, único reducto en el que aún subsiste en Iberia, ha sido foco de los esfuerzos humanos y económicos más sobresalientes, incluidos varios proyectos LIFE-Nature. Creo que no me equivoco si digo que decenas de personas han dedicado una parte importante de su tiempo y desvelos a este carroñero y que las administraciones han aportado muy importantes cifras económicas, centenares de millones de las antiguas pesetas, a la conservación de los últimos quebrantones ibéricos.

Como los humanos somos animales visuales y con cierta propensión a magnificar los números, los comederos para quebrantahuesos, donde se reúnen espectaculares concentraciones de individuos, mayoritariamente inmaduros, pronto se convirtieron en una de las “armas” preferidas por administraciones autonómicas y estatales y entidades particulares a la hora de diseñar las estrategias de conservación. El resultado fue una inflación de los denominados “puntos de alimentación suplementaria” que a finales de los años 90 llegaron a casi 30, con aportes totales de varias decenas de miles de kg anuales en toda la cordillera. Vista la persistencia y magnitud de las agrupaciones que allí se daban, hasta 80 aves en un mismo día, y de la tendencia positiva de la población pirenaica, que presenta tasas de crecimiento de hasta un 5% anual la conclusión estaba servida: los comederos eran positivos y necesarios para la recuperación de esta especie; de hecho, la baja mortalidad que al parecer tiene los individuos juveniles en las últimas décadas se achacó precisamente a estos aportes de alimento.

Ahora bien, ¿hasta donde hay de verdad en estas afirmaciones? ¿Se basan en hechos y comprobaciones reales o son fruto de la innata tendencia al optimismo que caracteriza a los individuos de nuestra especie? Yendo más allá: pueden los comederos, por el contrario, desencadenar efectos negativos en la población? Al fin y al cabo, la alimentación suplementaria, en el quebrantahuesos y en cualquier especie, supone una manipulación de la calidad del hábitat y no es razonable suponer que no vaya a tener consecuencias en la demografía y posibilidades de supervivencia de las poblaciones. Desde este punto de partida se puede lanzar la hipótesis de que las concentraciones de quebrantahuesos asociadas a comederos, las cuales no se producen en poblaciones con un alimento distribuido de modo natural e impredecible en el espacio y en el tiempo, pueden estar dando lugar a fenómenos como la depresión de la productividad por densodependencia, debido a las continuas interferencias entre individuos, y a la modificación de los patrones de dispersión, limitando los movimientos de los aves.

Sobre estas premisas se realizó entre 2004 y 2006 un importante trabajo de investigación impulsado por las administraciones estatal y autonómicas (Carrete et al. 2006, *Ecological Applications* 16:1674-1682; ver también *Quercus* 253:14-20). Este estudio, sobre la base de la información recogida en los últimos veinte años, vino a demostrar que efectivamente, la presencia de comederos tenía un efecto negativo sobre la productividad de las parejas vecinas y que la acumulación de individuos en la zona

central del Pirineo es, sin descartar otros factores, una de las causas implicadas en el continuo descenso de la productividad observado en la población pirenaica de quebrantahuesos durante los últimos años. Esta tendencia ha supuesto una reducción de 0.8 pollos/pareja/año a principios de los 80 a casi la mitad a principios de 2000, y ha culminado en los desastrosos resultados de 2006, año en el que sólo volaron 23 pollos en todo el Pirineo (productividad=0.2). Más aún, los grandes comederos de Aragón, donde se reúnen decenas de inmaduros pueden ser los responsables de que la frecuencia de visitas de aves jóvenes al extremo occidental de la cordillera (Pirineo navarro y Montes Vascos) haya descendido espectacularmente en la última década con lo que se compromete la probabilidad de expansión de la población pirenaica. El mecanismo por el cual operaría este fenómeno es sencillo: los quebrantahuesos identificarían las áreas centrales de la cordillera como áreas de “alta calidad” en virtud de su disponibilidad de alimento y, sobre todo, de las concentraciones de aves asociadas (la denominada atracción coespecífica). El resultado es una extrema filopatria (tendencia a reproducirse lo más cerca posible del área natal) y la limitación de las posibilidades de dispersión a larga distancia y, por lo tanto, de recolonización natural de otros sistemas montañosos.

Es hora de replantearse el papel que los comederos tienen en la gestión de la población pirenaica de quebrantahuesos. Es claro que la estrategia actual tiene efectos negativos mientras que los positivos están aún por demostrar fehacientemente. Aun en el caso de que éstos existan, lo cual parece razonable, lo que está fuera de duda es que el diseño de los comederos y su distribución espacial tiene que remodelarse para que contribuyan a remediar aspectos que hoy constituyen los “puntos débiles” en la conservación de la población pirenaica: el bajo éxito reproductor y la escasísima capacidad dispersiva. Si alguna enseñanza se puede extraer de todas estas cuestiones es que merece la pena evaluar mediante investigaciones cuidadosas la idoneidad de las medidas de conservación que se implementen. Un diseño poco acertado no sólo compromete el esfuerzo de muchas personas que dedican lo mejor de su tiempo a la recuperación de poblaciones amenazadas, en este caso del quebrantahuesos, sino que supone el derroche de medios y fondos públicos que podrían ser aprovechados de modo más óptimo.